JULIÁN MEZA

*Rodolfo Vázquez**

Mi querido Julián:

Me piden un texto para tu merecido homenaje en el número 100 de *Estudios*, y aquí me tienes, escribiendo unas líneas, emocionado y agradecido por una amistad que ya va para los 30 años. Se dice fácil, pero es toda una vida...

Aún recuerdo tu llegada al Departamento de Estudios Generales del ITAM, con un abrigo largo, digno de una película de Sergio Leone, barba abundante y desaliñada, y tus 36 años encima. Llegaste a un Departamento de gente experimentada en la docencia y humanistas cabales –Benito, De la Isla, Oberarzbacher, los recordados Zorrilla y Astey– y en un momento de la rectoría de Javier Beristain –iniciaba la década de los ochenta– en la que se consolidaría un ideario laico y liberal, y proyectos de largo aliento.

Tenía referencias tuyas: filósofo político, ensayista, historiador; luego descubriría tu vena literaria, también tu participación crítica en el movimiento del 68, tu estancia en Francia, y, finalmente, tu regreso a México. En ese entonces, para un joven católico postconciliar, filósofo y estudioso del Derecho, al primer desconcierto se sumaría la curiosidad por un sujeto que había vivido el movimiento estudiantil, que seguramente traía frescas sus lecturas pro y contra Marx y el marxismo, que se movía

* Departamento Académico de Derecho, ITAM.

RODOLFO VÁZQUEZ

en círculos literarios seculares, en fin, una suerte de profesor “viejo” amenazante y seductor; un personaje, que intuía, resultaba necesario para la planta de Estudios Generales y a quien debía de acercarme y tantear con prudencia, a mis 24 años.

No recuerdo cuándo ni cómo se dieron nuestras primeras conversaciones. Seguramente en los pasillos del ITAM y luego con algún café, y nuestros cigarros, en los cubículos, o quizás, en las reuniones de “La Academia” (atendidos por el gran Beto) entre copas y algunos “platillos voladores”. Al tiempo, el misterioso intelectual resultó ser un hombre de carne y hueso, con la ternura de un padre amoroso de dos bellas criaturas, Maiala y Ana Paula (y ahora de una adorable nieta, Sofía); el hermano mayor cariñoso del querido Javier, compañero y organizador de encuentros con los jóvenes estudiantes —¡cuántos han pasado por tus clases!— creativo, provocador e irritablemente irreverente. Para mi sorpresa, también, un gran conocedor de la cultura judeo-cristiana con la que siempre mantuviste una relación ambigua: cómo negar su gran contribución a Occidente, y al mismo tiempo, cómo aceptar su fundamentalismo y la carga de valores culpígenos. Siempre he pensado que tu respeto distante por la religión en general, y por ésta en particular, era una forma de deferencia hacia la fe de tus padres y a los recuerdos de tu formación en Orizaba. Las charlas comenzaron a ser más frecuentes, casi cotidianas, y con ellas la llegada suave de una amistad generosa.

Un buen día nos sentamos a pensar sobre la necesidad de una publicación periódica. Le pedí al maestro Astey sus consejos para una presentación de la revista, que reflejara los intereses del Departamento, que recogiera los logros del pasado, pero sobre todo, que se situara de cara al futuro. El proyecto te gustó y no dudaste en proponerme a Jesús Anaya para jefe de redacción. Jesús se tomó su tiempo, con la propuesta de un diseño sobrio y elegante y un trabajo minucioso para preparar el primer número de *Estudios*. El tiempo y el esfuerzo valieron la pena. Por ese entonces, había dejado de circular la revista *Diálogos*, que dirigía Ramón Xirau, y *Estudios*, con su subtítulo en *filosofía, historia y letras*, fue pensado tomándola como modelo y, quizás, con cierta pretenciosidad, como una continuidad del proyecto de Ramón. Como sea, comenzó a circu-

lar el primer número, en el otoño de 1984, con textos de los profesores del Departamento, incluido un ensayo tuyo que marcaría la personalidad editorial de la revista. Ese primer artículo lo titulaste “La República de las pasiones”, con un epígrafe de Milan Kundera, y un análisis brillante de las relaciones entre literatura y poder en *Macbeth*, de tu querido Shakespeare. La variedad temática, la presentación al lector mexicano de innumerables textos de autores contemporáneos, la creación de un espacio para el estreno de mucha gente joven, son cualidades que definen a *Estudios* y que, sin duda, llevan el sello de tu dirección. En un país donde los proyectos editoriales son tan efímeros, llegar a los cien números, y a los más de 25 años de vida, es ya todo un acontecimiento.

Haciendo un poco de memoria, en aquellos años ochenta decidimos impulsar, también, la actividad de educación continua con una serie de diplomados —Ideas e Instituciones de México, Literatura del siglo XX, Historia de Occidente, Religiones del Mundo, Arte Contemporáneo— y reforzar las materias optativas con una oferta más plural. Recuerdo mi insistencia de que te dedicaras más a la filosofía política y a la historia de las ideas, porque el Departamento necesitaba actualizarse en esas áreas. Participaste activamente en el diseño de varios diplomados y en la propuesta de optativas en esa dirección, pero la verdad sea dicha, tu interés ya hacía tiempo que se había orientado hacia la literatura y, definitivamente, hacia la creación. Fue entonces, creo, cuando caí en la cuenta de que a gente como tú había que ofrecerles espacios propios para que pudieran moverse a sus anchas y proponer lecturas y temarios a placer. ¡Cuántos cursos disfrutamos juntos! ¡Cuántos autores comenzaron a ser nuestros contemporáneos! Quiero pensar que todos esos proyectos dieron algunos buenos resultados, pero en cualquier caso, ¡quién nos quita lo bailado! Nuestra amistad se iba enriqueciendo entre proyectos y complicidades.

Luego vinieron algunos viajes. Recuerdo ahora con mucha nitidez nuestra visita a la Universidad de Chicago en 1992, de la mano de nuestro guía de la ciudad —¡qué veladas estupendas escuchando música en este centro mundial del jazz!—, uno de los mejores historiadores de México, y fraternal amigo, Javier Garciadiego. Para los festejos de la Univer-

RODOLFO VÁZQUEZ

sidad se organizó un seminario que llevó por título “The Rate of Liberal Education”. La idea de los Estudios Generales, en su versión moderna, se desarrolló plenamente en esa Universidad, de la mano de personajes como Robert Hutchins y la famosa estantería de metro y medio en la que se presentaban los *Great Books*. Al poco tiempo nos reuniríamos nuevamente en París, ahora bajo la inigualable guía del primer mexicano de origen francés, Julián Meza, y nuestras largas caminatas matutinas, nocturnas y culinarias por la ciudad. Nos reunimos también en Barcelona, tu tierra catalana y mediterránea... y me faltaron más viajes contigo, pero a estos últimos te acompañé con la lectura de tus libros, tus islas, tus “ciudades invisibles”, creadas y recreadas con tu impecable narrativa.

Has sabido ser un gran amigo de tus amigos: respetuoso, atento en las necesidades, solidario, nunca te ha faltado una palabra de aliento en la adversidad, generoso con tu tiempo, y siempre dispuesto a reunirnos a todos en tertulias inolvidables. Cada presentación de tus libros ha sido la ocasión para una celebración de la amistad, con la presencia infaltable de Chema, Pancho y Luz Elena; ¡cuántas veces habremos compuesto y descompuesto este mundo con los “heterogéneos”!: Víctor, Rubén, Luzma, María, Gustavo, Manuel, Jaime, Lourdes—; o las reuniones hace ya unos buenos años en la casa de la Beba; y aunque menos frecuente, pero de un deleite único, nuestras comidas en el Club France con Chuchó, Javier y Alonso.

La vida sigue, mi querido Julián y, por lo pronto, tenemos que vernos para seguir indignándonos con Tony Judt de estos tiempos indecentes que cargan con su terrible y humillante desigualdad social: ¡nos hacen falta más estaciones de tren y ferrocarriles!; y tenemos otras citas pendientes, una, siempre postergada, y ciertamente lúdica, para escuchar los tangos de mi tierra, de esa ciudad porteña, que es otra “isla”, que nos espera para caminarla juntos y parafrasearla con tu siempre recordado Borges; y otra más, para ver una película que aún no se estrena en México, “El Árbol de la Vida” de Terrence Malick, y que al decir de nuestro amigo Jean Meyer es un “río poderoso de imágenes y sonidos, un poema de luz y cuerpos... una sinfonía”; y también nos falta leer esos libros que

llegarán pronto y que serán la excusa para charlar largo, hasta que nos gane el cansancio, y después... otra ciudad, otra música, otro libro, otro pretexto que prolongue nuestra amistad, que tiene vocación de permanencia y de inagotable alegría.

Dice el sabio Montaigne con verdad que “en la amistad hay un fervor general y universal, templado y uniforme, constante y tranquilo, sin nada de anheloso ni doloroso”, y le gustaba citar a Horacio en un pasaje hermoso y cierto: “Mientras conserve la razón, no encontraré nada comparable a un buen amigo”. Yo he tenido esa fortuna y me congratulo de que un día cualquiera, hace ya tantos años, te conociera, mi buen amigo Julián.